

Christian Gutiérrez.

LOS REGALOS Y OTROS CUENTOS



Santiago, Chile 2016



Los regalos y otros cuentos de Christian Gutiérrez se encuentra bajo una **Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 3.0 Unported**.

@Olga Cartonera
www.olgacartonera.blogspot.com
Twitter: @olgacartonera
olgacartonera@gmail.com
Colección. LaNiñaCartonera

Diseño Isotipo: Fernanda Pasten

Este ejemplar n° _____ es único, original e irrepetible y está hecho a mano por Olga Cartonera Santiago, Chile, 2016

LOS REGALOS

Llovía. La tarde estaba como inflada de un color frío, las casas del barrio se adornaban con manchones de agua y de sombra que se pegaban a las paredes pintadas casi todas del mismo tono verdoso. Los vecinos se habían escondido dentro de ellas para no mojarse, se mantenían ocupados haciendo tortas fritas, mirando televisión o simplemente durmiendo. Solo los chicos, aplastando sus caritas contra los vidrios de las ventanas, deseaban las calles mojadas con las miradas resignadas, soñando con embarrarse hasta los ojos o saltar dentro de los charcos espejados.

Al final de la calle, sentada, a salvo del aguacero bajo un techo de chapa al frente de su casa, la señora Liliana tomaba mate disfrutando cada gota de lluvia estrellada en el piso, recibiendo con alegría el aroma a tierra mojada que se mezclaba con el de su jardín de jazmines.

Los chicos del barrio adoraban a aquella mujer y siempre que podían se demoraban con ella para oírla relatar las más asombrosas anécdotas de sus muchos viajes por el país, disfrutando al mismo tiempo de las chocolatadas que les preparaba especialmente.

Pero esa tarde, la señora Liliana se encontraba sola con su mate y una bolsa con bizcochos que iba comiendo de a poquito, con la mirada fija y los oídos atentos a las bocinas lejanas de los autos, al silbido de algún pájaro que se había animado a salir y mojarse, al agua corriendo por los caños del desagüe, cayendo como de espaldas en la calle.

Sin embargo, todo ese concierto de sonidos suaves y conocidos, fueron interrumpidos de repente por un rechinar metálico y desafinado que parecía aproximarse muy despacio desde la otra esquina. Liliana se asomó sin pararse. No se veía nada, la lluvia aún caía con cierta fuerza formando una cortina gris, casi impenetrable para sus ojos cansados. Buscó sus anteojos tanteando, sin apartar la vista del lugar de donde provenía el ruido; luego de un rato los halló debajo del banco en el que estaba sentada, se apuró a ponérselos y antes de incorporarse para ver mejor, la sorprendió la figura delicada de un niño parado frente al portón de entrada al jardín.

_ Buenas tardes señora ¿Quiere comprar limones, naranjas, mandarinas?_ el pequeño sonreía y su sonrisa era blanca y fresca como los primeros días de primavera. Vestía unos gastados pantalones de lana, zapatillas blancas con los cordones desatados, un pulóver y una campera bastante grande para su delgado y empapado cuerpo.

La señora Liliana solo pudo decir:

_ ¡Pero, amor mío! ¿Cómo te mojás así? Te podés enfermar
¿Querés entrar un rato hasta que pare?

_ No, muchas gracias_ contestó el niño_ no va llover por
mucho tiempo más_ Y apenas terminó de decir eso, la llu-
via comenzó a perder fuerza hasta convertirse en gotas tan
pequeñas, que en lugar de caer, flotaban en el aire como el
polen de las flores. Un viento tibio y renovado chocó contra
el frío de las veredas, las nubes se abrieron y el sol dio la orden
de cantar a los pájaros que permanecían escondidos.

_ Señora ¿quiere comprar algo?_ volvió a preguntar el niño.

Pero la señora Liliana contemplaba sorprendida aquel ve-
rano repentino que pasaba por la calle como si fuera una de
las carrozas del carnaval; de modo que no prestó atención a
quién le hablaba.

_ Señora, señora... Tengo limones, naranjas y mandarinas
¿Le dejo algo?_ insistió el chico.

_ Ehhh, sí ¿Qué llevás?

_ Limones, naranjas y mandarinas_

_ Bueno, no sé, dame un poco de cada cosa, mmm, cinco
de cada fruta_ se decidió Liliana.

El vendedor dio media vuelta y se encaminó hacia el cordón de la vereda. El cielo brillaba en ese momento completamente libre de nubes, atravesado por esas bandadas de pájaros que vuelan bien alto y nadie sabe bien como se llaman. Las personas comenzaron a salir poco a poco de sus casas; primero los niños por supuesto y se dedicaron a corretear de aquí para allá, agitando los brazos como si fueran capaces de tocar el aire o encontrar en él algunas gotas de lluvia extraviadas o caprichosas.

Mientras tanto, Liliana había seguido al muchacho como atraída por una fuerza desconocida, lo observaba caminar lenta y rítmicamente, en la mano cargaba una canastita de mimbre que ella misma había hecho una tarde de aburrimiento, parecida a la que acababa de marcharse. Fue entonces cuando pudo ver, estacionado casi a la mitad del asfalto, un carrito abreviado y cuadrado, confeccionado con madera muy vieja y carcomida. A cada lado se calzaba una horquilla de bicicleta, cada una con su respectiva rueda, o mejor dicho, llanta, porque no eran otra cosa que el metal sin las cubiertas. Un palo grueso y largo salía de uno de los lados sin ruedas del gracioso vehículo, un palo que sin duda serviría para poder maniobrarlo.

_ ¡Entonces esto era lo que hacía tanto ruido!_ Se rió la señora Liliana.

_ Perdone, es que no tuve tiempo de arreglarlo_ se avergonzó el vendedor.

_ ¿Perdone por qué? Si me alegraste la tarde, aburrida como

estaba y vos venís y traés atrás este buen tiempo. Que te voy a perdonar si me hiciste un favor... Pero bueno, yo aquí distrayéndote y vos seguro que tenés que seguir ¿no?

_ No se preocupe, me gusta charlar_ la voz del niño vendedor sonaba fuerte y dulce como el canto que ensaya el viento cuando pasa rozando las hojitas puntiagudas de los pinos y mientras llenaba la canasta de mimbre, miraba a Liliana desde el fondo de sus ojazos negros_ Listo, cinco de cada fruta.

_ Muy bien, corazón ¿Vas pasar algún otro día? Nunca te había visto por acá.

_ Todos los días que usted y la gente del barrio quieran.

_ ¡Mejor!_ se alegró la señora Liliana_ así no tengo que ir hasta el supermercado que queda tan lejos y siempre está lleno. ¿Y cuanto te debo?

_ Hoy nada, por ser el primer día. Si le gustan, después me sigue comprando.

_ ¿Seguro?

_ Sí, seguro, usted no se haga problema.

_ Está bien, pero esto es un regalo_ Liliana se quedó unos segundos en silencio, pensando_ yo no sé que regalarte, no tengo nada acá, tampoco se me ocurre...

El vendedor la interrumpió:

_ Me gustan mucho esas flores que tiene ahí.

_ ¿Los jazmines?

_ Sí, esas. Para que no se sienta mal, me puede regalar uno.

_ ¡Pero claro, cómo no se me ocurrió antes!

Entonces, la señora Liliana se demoró recorriendo su jardín para seleccionar las flores que le parecieron más robustas, fragantes y bellas. Eligió tres, las cortó con la mano y se las entregó al niño del carrito:

_ Bueno _ dijo_ acá tenés, no es mucho pero cada vez que vengas te voy a regalar tres jazmines como estos; aparte de pagarte las frutas, eso sí. ¿Te gustan?

_ ¡Me encantan, gracias!_ agradeció el muchacho y estiró sus largos dedos para tomar aquellas flores, rozando apenas la cálida mano de quien se las entregaba_ pero... así se le van a terminar y no quiero tener yo la culpa.

_Pero claro que no, están iguales todo el año y crecen enseguida. Yo también tengo mis secretos.

Las mejillas del niño se inundaron de rojo y de silencio por un instante.

_ Gracias de nuevo, adiós_ saludó finalmente y se fue muy rápido.

_ Hasta pronto_ se despidió por su parte la señora Liliana. A ella no le gustaba para nada decir adiós.

Todos, desde el primero al último vecino, compraron naranjas, limones, o mandarinas y todos se olvidaron del mal tiempo y de retar a sus hijos por jugar con barro, demorándose en charlar con el nuevo visitante.

Día tras día y a la misma hora, el pequeño vendedor se presentaba en esa calle para ofrecer sus frutas, que siem-

pre eran las mismas: naranjas, limones y mandarinas, claro. Las mujeres dejaban de hacer lo que estuvieran haciendo y los hombres apagaban los televisores para dedicarse a conversar con el vendedor; momento que los demás niños del lugar aprovechaban para olvidar las tareas del colegio y ponerse a inventar cualquier juego o competir por el premio a la mejor travesura.

Algo verdaderamente extraño ocurría y era que el vendedor, precisamente, nunca vendía nada. Sí, así como se lee, al menos no con dinero de por medio. Él simplemente regalaba las frutas y recibía a cambio todo tipo de regalos por ellas: Ollas en desuso, botines, radios antiquísimas, mantelitas; la lista es interminable. “Bueno” decía siempre a las personas “Se lo acepto solamente para que usted no se sienta mal, por mí está bien”.

Después, con su carrito cargado de objetos y vacío de frutas, llegaba hasta la última casa, la de la señora Liliana y se sentaba con ella para descansar y hablar un rato.

_ ¿Estás cansado, querés agua? Te guardé unas galletitas para que comas algo _ le ofreció la mujer.

_ Está bien, voy a tomar un poco de agua _ aceptó el niño vendedor.

_ ¿Cómo y las galletitas? Mirá que si no las probás me ofendo.

_ Bueno _ reía él _ ¿Por qué es tan amable conmigo?

_ Pero que pregunta, nene, si parece que la primavera te viene siguiendo. Mirá todo esto, los jardines están floridos, mi césped crece más rápido, el día brilla en cada rincón de la casa y mi viejo ropero ya no tiene olor a humedad. Para mí que te escondiste el buen tiempo en los bolsillos.

_ Sí, está muy lindo ¿Quiere salir a caminar?

_ Mmmm... hoy no, no te ofendas, mejor lo dejamos para otro día, tengo ganas de quedarme acá sentada, disfrutando del ventito.

_ No hay problema pero me lo debe, eh.

_ Prometido_ respondió Liliana _ Y decime ¿Vendiste algo hoy?

_ Llevo el carro lleno, mire _ y señaló con un dedo sucio que se hundió en el aire como una flecha.

_ Y yo que te doy solamente flores _ se lamentó la mujer.

_ ¡Pero a mí me encantan esas flores! Más que todos los regalos juntos.

_ Si vos lo decís está bien, son tuyas, como te dije, tres todos los días. Y hablando de otra cosa, decime ¿No te irán a retar por no llevar plata a tu casa? ¿Cómo hacés para comprar más fruta?

_ Estas cosas me ponen muy contento, la plata no puede hacer eso. Fruta todavía tengo bastante, no se preocupe.

Liliana no comprendió muy bien eso de que fruta todavía tenía bastante pero decidió no insistir más con ese asunto, en cambio eligió otra pregunta:

_ ¿Y donde vivís?

_ Vivooooo _ dudó el vendedor _ acá cerca, por acá cerca nomás.

_ En la villa Inmaculado Corazón ¿no?_ se apuró a decir Liliana para demostrar que con ella no debía avergonzarse.

_ Sí, ahí, mi casa es una de las primeras, cerquita de la entrada.

_ Bueno, bueno, algún día te voy a visitar ¿sí?

Obtuvo solo una sonrisa tímida como respuesta:

_ Disculpe pero me tengo que ir señora _ el muchacho se levantó de un salto, tragó la última galletita y al segundo estuvo en la vereda _ gracias por todo.

_ Pero no te vayas sin decirme tu nombre.

_ No importa, después le digo, hasta mañana _ y se marchó empujando su carrito enclenque a través de la tarde.

La señora Liliana, sentada, deleitándose con los colores de la noche joven, pensaba cual sería el mejor regalo para hacerle a su nuevo amigo. Se había encariñado con él y tenía miedo de haberlo asustado al preguntarle donde vivía, quería demostrarle que le daba lo mismo si su hogar era un palacio o cuatro chapas atadas con alambre, que era lo más probable; quería ser su amiga y en esas cosas nada tienen que ver las casas.

El niño vendedor le recordaba mucho a su hijo, el mismo hijo que al crecer se alejó de su lado y ya nunca regresó a saludarla, poniendo una nueva excusa cada vez que hablaba con ella por teléfono.

Cómo le hubiera gustado retener aquellos momentos felices compartidos con su hijo y su esposo, cuando éste aun vivía, dentro de esa casa diminuta que estaba a solo unas cuerdas del mar, esa casa que tenía un patio donde era posible sacar los colchones en verano y dormir sin más abrigo que la brisa y el brillo de las estrellas. Retener los paseos por la orilla del mar interminable o las horas que pasaban nadando en esas aguas casi transparentes. Pero todo aquello se había esfumado un día, sin previo aviso, en tan poco tiempo. Ella jamás se había imaginado que existiría un fin para sus felicidades.

De repente, la señora Liliana dio un salto saliendo de la quietud en la que estaba y su cara resplandeció por unos instantes en medio de la nochecita, en el preciso momento en el que se encendían las primeras luces de la calle **“¡Ya sé!”** pensó **“¡Ese es el mejor regalo que puedo hacerle. Un carro, un carrito nuevo!”** Buscó los anteojos como pudo, luego encendió la luz del frente **“¡Solo va a encantar!”** y entró corriendo, dejando atrás la aburrida hilera de casas, con sus aburridos habitantes dentro, alejándose del ronroneo de los televisores que también atrapaba a veces a sus queridos niños y los volvía aburridos y desconocidos. Dejó atrás un olor a comida, unas risas vacías; la oscuridad se encargaría de eso.

En el galpón del fondo, en un rincón, bien a la vista, como si estuvieran esperándola, encontró maderas y dos ruedas de bicicleta casi nuevas. Pasó toda la noche sacando medidas, cortando las maderas, calzando las ruedas, inflándolas, clavando, enderezando, hasta que la sorprendió el día cuando cubría los últimos espacios del carro nuevo con pintura celeste.

Rendida como estaba, se fue directamente a la cama y sin destenderla ni sacarse la ropa salpicada de pintura, se tiró y se quedó dormida. Soñó con un campo lleno de flores donde ella y el niño vendedor caminaban empujando el carrito por turnos, cargándolo con jazmines o frutas que encontraban en todos los árboles mientras podían ver, a la distancia, la orilla espumosa del mar.

La despertó el griterío de los chicos que jugaban en la vereda, abrió la ventana frotándose los ojos hinchados y, tragándose una ola caliente de sol, saludó:

_ Buen día, locos.

_ Buenas tardes _ respondió uno de los chicos _ golpeamos varias veces pero usted no abría.

_ Sí, sí. Estoy un poco dormida nada más... Más tarde los veo.

La señora Liliana revisó el reloj de la habitación, eran las cuatro de la tarde. **“¡Dios mío, cómo dormí, mejor me apuro!”**. En seguida se levantó, se bañó, se cambió, comió rápidamente unas galletitas y fue al galpón para ver cómo había quedado el carrito, le dio la última mano de pintura, probó la resistencia de las maderas e hizo girar las ruedas un buen rato. Al terminar esto volvió a la cocina a preparar el mate y más tarde se sentó a tomarlo en su viejo banco, mientras se alegraba de ver el barrio como estaba: tan radiante que hasta las húmedas paredes de antes lucían ahora colores vivos y renovados. La gente parecía más amable e incluso los que nunca la habían saludado, no pasaban frente a su casa sin decir **“Buen día”** o **“¿Cómo anda usted?”** o **“Espero que haya dormido bien”**. Todo era tan extraño como reconfortante, ya no sentía ganas de mudarse a lo de su hermana, la llamaría para disculparse y decir que no a su ofrecimiento.

Mientras pensaba, el vendedor apareció en la otra esquina, como todos los días. La señora Liliana apenas distinguía el contorno de ese cuerpecito frágil acompañado por el inconfundible chirriar de aquellas ruedas precarias. Liliana sintió una emoción repentina y se dispuso a aguardar la llegada del niño, llegada que se veía demorada por los vecinos que lo recibían con los regalos del día en sus manos. Cuando por fin estuvo frente a la señora Liliana, estacionó su carro y se acercó mostrando una sonrisa que brillaba tanto como sus ojos en tanto el viento jugaba con su oscuro y opaco cabello.

- _ Buenas tarde señora ¿Puedo sentarme?
_ Claro, pero antes vení por acá que tengo algo para vos.
_ ¡Ah, qué casualidad, yo también le iba a dar un regalo!
_ ¿Ah sí? Bueno, pero primero lo mío ¿Querés?
_ Está bien.

La señora Liliana se paró y caminó hacia el pasillo lateral que comunicaba con el patio, el vendedor la siguió muy de cerca, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón de lana. Llegaron al galpón, Liliana abrió la puerta y señalando su creación, dijo:

- _ Mirá ¿te gusta? Es para vos.

La respuesta fue la más feliz de las caritas que se hayan visto jamás:

_ ¡Muchas gracias, me encanta, me encanta! _ Un beso voló de los labios del niño y se posó en una de las rojas mejillas de la señora Liliana _ ahora lo mío. Tome, abra la mano.

- _ ¿Semillas? ¿De qué son? Gracias.
_ Son de naranja, plántelas esta misma noche por favor.
_ Sí, quedate tranquilo, hoy mismo las planto ¿Te quedás a charlar conmigo un rato?
_ Bueno, si, me quedo.

Y los dos estuvieron hablando y riendo, recordando, contando historias. El rostro redondo y pequeño del vendedor se iluminaba cada vez que su amiga iniciaba la descripción de alguna ciudad lejana, sus ojos prestaban atención a los labios movedizos de Liliana y sus oídos tomaban el sonido y el sentido de las palabras para convertirlas en deliciosas imágenes de gentes y lugares que bailaban en su mente hasta cansarse y volverse hermosos recuerdos de algo nunca visto realmente.

Por otra parte, la señora Liliana disfrutaba mucho el entusiasmo de él por todos esos regalos obtenidos a cambio de las frutas y en especial por el que ella misma le había hecho hacía solo una hora.

_ Esto me va a ayudar mucho _ comentó el niño refiriéndose al carrito _y a usted le van a ayudar mucho esas semillas, señora.

_ Si vos lo decís, yo te creo.

_ Claro que sí, yo ya no podía seguir con esa cosa vieja que tenía, se me estaba desarmando de a poco_ luego agregó, mirando hacia los árboles de enfrente_ las personas quieren demasiado a las cosas viejas ¿No le parece?

_ A veces.

_ Bueno, pero no se haga problema, porque las semillas siempre son nuevas y lo que les sale de adentro también. Como este barrio, ahora es nuevo y alegre ¿No le parece alegre el barrio, no le parece...

_ Nuevo_ terminó de decir la señora Liliana_ pero de noche se pone igual de triste que antes.

_ Eso es porque no se puede estar todo el tiempo triste ni todo el tiempo contento... ¡Ah, ya me olvidaba! Me llamo Oscar ¿Y usted?

_ Liliana, Oscar, mucho gusto de conocerte.

_ Bueno, me tengo que ir, gracias otra vez por el regalo, nunca me habían dado algo tan lindo.

_ De nada, no tenés porque agradecerme y andá porque te van a retar.

_ No se haga problema por eso _ y le dio otro beso en la misma mejilla, se levantó, se sacudió la ropa y fue hasta su carrito nuevo. La señora Liliana lo acompañó y le ayudó a guardar en él todos sus regalos.

_ Hasta luego_ saludó Oscar_ le dejó el carro viejo para que lo convierta en algo nuevo ¡No se olvide de las semillas! _ y comenzó lentamente su camino, seguido por la atenta mirada de Liliana.

Apenas dobló en la esquina, un viento frío y húmedo empujó al veranito que, a decir verdad, ya estaba un poco viejo.

_ ¡Las flores!_ recordó la señora Liliana _ ¡Oscar, te olvidás las flores!_ cortó los tres jazmines acostumbrados y corrió para alcanzar a Oscar pero cuando llegó a la esquina él ya no estaba **“¡Santo dios, cómo camina de rápido este chico!”** dijo para su interior. Continuó unas cuadras más preguntando a todos

los que encontró en el camino; nadie lo había visto pasar
“No importa, los pongo en agua y mañana se los doy” .

Por la noche la señora Liliana hizo lo que Oscar le había pedido: sembró las doce semillas de naranja, bastante alejadas una de la otra para que en un futuro las raíces no se molestaran entre sí, puso los jazmines cortados en un florero con agua y se fue a dormir.

Cuando a la mañana siguiente, luego de desayunar, salió al patio a regar las plantas, lo que vió casi la hace caer de espaldas: las semillas que ella había plantado la noche anterior eran ya árboles muy altos y estaban cargados de frutas enormes y coloridas; naranjas grandes, muy grandes, las naranjas más grandes que ella había visto. Además, los árboles crecían casi juntos, formando un círculo en medio del cual iban cayendo las naranjas más pesadas.

La señora Liliana entonces tomó una, la llevó a la cocina y la probó, saboreó con detenimiento la dulzura de aquella maravilla y decidió no comentarlo con nadie hasta que llegara Oscar y le contara el secreto.

Pero el vendedor no llegó esa tarde, ni la otra, ni la siguiente. Pasó toda una semana sin que apareciera por el barrio. Finalmente la señora Liliana fue a buscarlo a la villa Inmaculado Corazón, preguntó en todos lados pero nadie

lo conocían; ningún niño llamado Oscar, ningún niño que vendiera frutas en un carrito celeste.

Liliana volvió decepcionada y triste, caminando despacio, casi sin prestar atención al camino, en la mano llevaba los tres jazmines que no le había podido dar a Oscar. “¿Dónde estará mi niño?” se preguntaba “¿Por qué habrá desaparecido así? Y como no encontraba respuestas a esas preguntas solo atinó a decir amargamente:

Ojalá no le haya pasado nada a las palabras, como son tan livianitas y transparentes, se las llevó el viento sin pedir permiso.

Desde entonces, todos los días los árboles de naranja, que jamás se cansaban de dar frutas, y la alegría nueva del barrio, le recordaban a Oscar. Los niños continuaban visitando su casa y además de las “chocolatadas” también se llenaban la panza con esas riquísimas naranjas.

Hacía bastante frío cuando, una mañana, su hijo golpeó la puerta del frente y al ver a Liliana, dijo tímidamente: **“Mamá, tenemos mucho de que hablar”**. Los dos se regalaron un abrazo que se estiraba sin límites, entre dulce y amargo, con sonrisas y llantos.

La señora Liliana y su hijo ya entraban a la casa pero ella, respondiendo a un impulso, miró hacia atrás. Ahí mismo, parado en el cordón, usando la misma ropa desalineada de siempre, viéndose como si no hubiera pasado el tiempo, pegado a su carro celeste, estaba Oscar, mirándola.

Liliana se acercó:

_Pero ¿dónde andabas vos? Me asustaste, pensé que te hab...

_¿Es su hijo?

_¿Ehh? Si, si, mi hijo. ¿Cómo es que sabés...

Cuanto me alegro, señora la voz de Oscar era toda paz, aunque no se oía igual; algo serio se mezclaba en sus palabras_ Yo venía a buscarla para ir a pasear ¿se acuerda que me prometió un paseo?

_Pero...

_Sí, ya sé, no la voy a molestar ahora. Quiero que disfrute estar junto a su hijo, cada minuto.

Oscar la voz de la señora Liliana tembló un poco.

Oscar puso sus manos entre las de ella:

_Yo la quiero mucho, sabe. Más tarde vuelvo y salimos a caminar tranquilos.

_Bueno, dale. ¿Volvés mañana?

_En algunos años.

Entonces la señora Liliana, viendo como Oscar se alejaba con su carrito a cuestas, se tragó una lágrima y prefirió dibujar una sonrisa entre las arrugas de su cara.

LA ESTRELLA ROBADA

Pericles pedalea su bicicleta flaca y azul a través de las calles anochecidas de la ciudad. Hace mucho calor y está cansado, por eso mueve los pies tan lentamente. Todavía le arden los ojos debido a la luz fluorescente que estuvo soportando a lo largo de tantas horas en el supermercado donde trabaja, en sus oídos y su cabeza resuenan las voces de innumerables personas discutiendo precios, los grititos chillones de las ruedas de los carritos de compras y por supuesto, el interminable BIP – BIP – BIP que hace la lectora de la caja al cobrar un producto ¡Y este día habían sido tantos!

En la ciudad, a ésta hora, todo está dormido: los edificios, las casas, los autos estacionados en las esquinas, los árboles presos en esos cuadraditos de cemento; hasta las luces de los semáforos parecen más lentas y desteñidas. Los únicos seres que le dan vida a la noche son los perros correteándose y olisqueándose entre ellos en las veredas, los gatos saltando de techo en techo, de tapial en tapial e incluso de rama en rama y él, Pericles, moviéndose casi a la velocidad de un caracol por el medio de la calle.

Pericles llega a un cruce, y aunque el semáforo muestra el color verde, se detiene unos segundos para tomar aire y des-

cansar las piernas, dos automóviles pasan junto a él, bien juntos, ocupando casi todo el ancho del asfalto, los conductores van hablando en voz alta, riéndose y haciendo bromas. Al rato desaparecen tan rápidamente como habían aparecido y esa cuadra vuelve a quedar silenciosa y oscura.

Entonces Pericles toma impulso y continúa su camino, sigue pensando en la Navidad que se acerca, o no tanto en la Navidad sino más bien en los regalos que quiere hacerles a sus dos hijos, supone que el dinero este año tal vez no le alcance para darles grandes y bonitos juguetes o ropa nueva y eso lo pone un poco triste; en voz baja se promete hacer todo lo posible para lograrlo.

Ahora Pericles levanta la mirada distraído y ve el cielo limpio, con una luna chiquita como pegada a él, un cielo que parece un campo negro todo brotado de estrellas. Recuerda que una vez oyó en la tele o le contaron que la luz de las estrellas tarda millones de años en llegar hasta nuestros ojos; es decir que las vemos como realmente eran hace millones de años y es posible que ahora, en este preciso instante, algunos de esos puntitos blancos ya no existan. **“¡Qué locura!”** se ríe Pericles **“¡Eso no puede ser!”** y estira su brazo izquierdo junto con el dedo índice, señalando hacia arriba. Pero de repente ese dedo toca algo caliente que le recorre el brazo convertido en un hormiguelo hasta alcanzarle el hombro. Pericles observa claramente cómo el cielo se estremece en olas circulares, iguales a las que se forman en el agua cuando alguien tira una piedra. **“¡La estrella, está tocando la estrella!”**

Asustado, retira su mano inmediatamente, pero pierde el control de la bicicleta y, luego de bambolearse hacia los costados, cae cerca del cordón de la vereda, rodando unos metros más adelante.

Nada grave le ha pasado, solo unos raspones en la remera y un manchón de aceite en el pantalón, a la altura de la rodilla. Sacude la cabeza tratando de entender lo que ha ocurrido, mira hacia todos lados, las calles siguen continúan vacías de personas **“¿Qué es esto?”** se pregunta **“¿Tan cansado estoy que ya hasta me imagino cosas?”**

Sin embargo, por las dudas, Pericles se pone de pié y una vez más se anima a alargar su brazo; pasa lo mismo. **“¡Increíble!”** se entusiasma **“¡Esto es increíble!”** En ésta ocasión el calor de la estrella le resulta agradable **“¡Estoy tocando el cielo. Ya decía yo que eso de los millones de años era una tontería. Cuando se lo cuente a los chicos y a Rosa, no me lo van a creer!”** A Pericles comienza a tentarlo un sentimiento egoísta que jamás había tenido **“¡Con esta novedad podría hacer tanto dinero como el que nunca imaginé ver en toda mi vida!”** piensa **“¡Voy a vender la primicia a los periodistas, a los científicos, a los ricos, a los gobiernos de todos los países. Empezaré llevándome una y así voy a negociar el pago. Seguro nadie más que yo puede hacer esto, tengo un don único!”**

Después elige una estrella, la más grande que ve, la opri-
me con dos dedos y de un tirón la descuelga del cielo como
si se tratara de una fruta que se arranca de su rama. El brillo
y el calor le colman la mano, sus ojos también se iluminan
con los destellos.

Sin perder más tiempo corre hasta su bicicleta, la levanta,
se sube con un solo salto y empieza a pedalear con todas sus
fuerzas sin siquiera acordarse del cansancio que lo agobiaba
minutos atrás.

Pericles llega a su casa transpirado, la ropa se le pega al
cuerpo, respira a toda velocidad, las piernas le laten enloque-
cidas, las manos le tiemblan un poco. Después de varios in-
tentos consigue meter la llave en la cerradura y abre la puerta
muy despacio, tratando de no provocar ningún ruido para no
despertar ni a sus hijos ni a su esposa.

Recién en la cocina, mientras bebe el tercer vaso de agua,
se atreve a abrir la mano; la estrellita parece ahora más pálida,
semejante a una bolita alcanzada apenas por los rayos del sol
“Ya sé” se le ocurre ***“La voy a dejar en el árbol, mañana
se van a caer de espaldas cuando la vean”***

Ubicada ya en el arbolito navideño, la estrella no se ve muy
diferente a las luces compradas, quizás si un poco más hun-
dida entre las ramas de plástico verde.

Pericles la mira algunas veces más luego de darse un baño y por fin se decide a acostarse. Los chicos duermen tranquilamente en sus camas, su esposa Rosa, ni siquiera se mueve cuando él se acomoda a su lado y se abandona al sueño.

Pericles se levanta sobresaltado y confundido, la piecita está llena de luz "**¿Cuánto habré dormido?**" se pregunta y sale disparado como una flecha en dirección al living, en el camino se cruza con su familia pero está tan concentrado en la estrella que se olvida de dar los buenos días. Al llegar al árbol no logra encontrar la estrella y se pone frenético, sacude las ramas, tira los adornos, desenreda los cables de las luces, recorre el piso gateando, abre cajones, levanta manteles, descorre cortinas, da vuelta recipientes de vidrio, abre todas las alacenas, camina de un lado a otro agitando los brazos y hablando solo. Sus hijos y su esposa lo miran extrañados:

_ ¿Pero qué es lo que te pasa? _ pregunta Rosa.

_ ¿Alguien sacó algo de este árbol? _ dice a su vez Pericles mirando a sus hijos.

_ No, papá _ contestan ellos al mismo tiempo.

_ Nadie tocó nada ¿Por qué? _ asegura Rosa.

_ Por nada, por nada _ repite Pericles finalmente y regresa a su habitación para ponerse algo de ropa, desalentado, agachando la cabeza.

Después del desayuno, Pericles se despide y se va al trabajo en su bicicleta; en época de fiestas hay que hacer horas extra porque a todo el mundo se le ocurre comprar todo lo que se les ocurre y el supermercado permanece lleno hasta muy entrada la noche.

En el camino se detiene en un quiosco, compra los alfajores y caramelos que serán su único almuerzo junto con el mate y al sacar el dinero para pagar, encuentra también un papel blanco doblado cuidadosamente que dice con letras muy prolijas **PARA EL SEÑOR PERICLES**. Paga al quiosquero y se retira para desdoblar el papel; lee esto:

“Estimado señor Pericles:

Lamentamos no poder dejarle la estrella, tampoco a nosotros nos pertenece, ya que solo somos los encargados de cuidarlas, esperamos que sepa comprender. Si usted lo desea podrá verlas en cualquier momento y lugar, incluso de día o en el techo de su casa pero ya no podrá tocarlas ni tomar una. Gracias por haberla cuidado mientras estuvo con usted. Pronto le haremos llegar unos regalos para toda su familia como forma de agradecimiento.

Pericles pliega nuevamente la hojita, un tanto avergonzado al darse cuenta que él en realidad había robado y no cuidado la estrella.

Con fuerzas renovadas sigue su viaje hacia el trabajo, ya no le preocupan tanto las horas extras, después de todo se trata solo de un trabajo, algún día encontrará otro mejor, tal vez mañana o pasado mañana, ahora sabe que la vida, mientras más simple se vive, más hermosa es y le sonrío a todas las personas que pasan por las veredas; lo hace feliz pensar que su familia lo esperará en su casa como todos los días. De tanto en tanto mira hacia el cielo claro, lleno de estrellas ¿Será él el único que las ve? ¿Acaso hay algo mejor que solo verlas?

LA LEYENDA DE ELÍAS CUAL

Hace mucho tiempo, cuando yo era un niño de huesos fuertes y pies inquietos, cuando no me llenaban la cara ni esta barba gris ni estas arrugas, en este mismo barrio en el que habité casi siempre felizmente, este barrio que no ha cambiado como yo, sino que, al contrario, se fue volviendo más hermoso y radiante con el paso de los años, vivió un muchacho alto y flaco al que llamábamos Elías Cual, y digo "llamábamos" porque en realidad nunca supimos su verdadero nombre. Él siempre llevaba calzada la misma remera roja con la palabra Elías escrita así:

**E
L
I
A
S**

Cuando lo veíamos pasar, alguien decía:

_ Mirá, ahí va Elías.

Entonces otro respondía, o mejor dicho preguntaba:

_ ¿Cuál?

Y aquella tontería nos daba tanta risa que terminábamos de espaldas en el suelo, agarrándonos los estómagos como si se nos fueran a salir las tripas por el ombligo. Fue así que decidimos bautizarlo con ese nombre y pronto toda la gente nos imitó.

Elías Cual no hablaba nunca, o al menos yo jamás lo oí decir una palabra, como dije, era un joven de unos veinte años, tal vez más, tal vez menos, andaba sonriendo constantemente, saludando con el brazo derecho en alto y a pesar de usar la misma remera todos los días, lucía siempre muy limpio y arreglado (los chicos nos imaginábamos que tendría un armario repleto con varios cambios idénticos de ropa). Vivía cerca del polideportivo del barrio, en una casillita de chapa que no se parecía en nada a las demás casas y según mi padre estaba en ese mismo sitio desde antes del inicio de los trabajos de construcción, era más bien como esos baños que se instalaban en los patios viejísimos pero un poco más amplio; en definitiva un cubo gigante con una puerta despareja hecha con retazos de metal ruidoso (nadie se explicaba como hacía esa casita de juguete para mantenerse en pie en medio de las terribles tormentas de verano). Desde el interior de ese humilde hogar, cuando Elías estaba y si uno pasaba lo suficientemente cerca, se podían escuchar los golpecitos risueños de las teclas de una antigua máquina de escribir, uno tras otro, incansablemente. Claro, entonces no sabíamos que especie de aparato era

capaz de producir semejante sonido y eso era algo que nos intrigaba mucho; a veces, hasta el punto de obligarnos a intentar pegar la oreja a las chapas o buscar algún orificio por el cual espiar hacia adentro. Nada de eso sirvió, cada vez que nos acercábamos el sonido cesaba y nosotros estábamos seguros de haber sido descubiertos.

En la vereda de enfrente, cruzando la calle, se alzaba el enorme caserón de Elvio Salvatierra, un escritor famoso y sobre todo muy rico, que escribía y vendía novelas sobre personajes históricos que actuaban como superhéroes o como los más ruines villanos para así llamar la atención de los lectores. Sus libros se vendían hasta en los supermercados, su nombre era mencionado (creo que aun existe quien se acuerda de él) en la radio, la televisión y los diarios.

Elvio Salvatierra tenía muy mal humor, se había peleado ya con casi todos los vecinos, vivía encerrado en su mansión, custodiado por unas rejas altísimas y cuatro perros negros, gruesos y de aspecto feroz que no dejaban de pasearse mostrando los dientes detrás de esas rejas. Él también toma parte en esta historia, pero ahora es momento de contar otra cosa.

Al cumplir nuestro barrio sus cinco años de vida, se organizó una gran fiesta en el polideportivo con la que cada uno de los vecinos estuvo de acuerdo en colaborar, menos Elvio Salvatierra, que se negó enseguida y Elías Cual, a quien nadie se lo pidió.

Recuerdo muy bien esa noche: había largas mesas con manteles que la brisa hacía aletear perezosamente, de la misma manera en que las manta rayas mueven sus aletas dentro del mar, las sillas eran de madera delgada y estaban muy cerca unas de la otras, casi pegadas. Un poco más atrás relucía el escenario especialmente preparado para la actuación de los músicos y a la derecha de aquel escenario, bastante más alejado y bajo, chispeaban las brazas que doraban lentamente el asado. El cielo del polideportivo estaba adornado con banderines multicolores e hileras de globos que corrían de poste a poste o de árbol a árbol, el clima de ese Octubre se sentía agradable en el cuerpo, no hacía ni calor ni frío y todo lo envolvía el humito de la comida junto con su exquisito aroma.

Yo había ido con mis padres pero una vez allí no tardamos en ponernos a corretear con mis amigos, sin fijarnos en cuidar la ropa nueva que llevábamos puesta.

La fiesta transcurrió normalmente: los adultos comían, nosotros jugábamos, ellos charlaban y nosotros andábamos a los gritos, tirándonos con pedacitos de servilletas o contándonos historias de terror para asustar a las niñas. Pero la calma y la alegría terminaron pronto. Al poco tiempo de haber comenzado el baile alguien dijo o hizo algo que a otro no le gustó, enseguida se inició una discusión que fue alcanzando a todos y finalmente no hubo esa noche nadie que no terminara peleándose y enojándose con los demás. Los músi-

cos dejaron de tocar, solamente se escuchaban reproches y amenazas, se vieron incluso algunos empujones y forcejeos; unos minutos más tarde los vecinos volvieron a sus casas tironeando a sus hijos, repitiendo palabras furiosas que no me animo a escribir aquí pero que no he olvidado.

El polideportivo quedó vacío, de pronto, hasta los banderines y los globos me parecieron tristísimos mientras se agitaban para nadie sobre las mesas abandonadas. Solo una persona permanecía de pié frente al escenario, quieto como una estatua, con los ojos muy abiertos y con cara de sorpresa: era Elías Cual, pude verlo de reojo cuando mi mamá me arrastraba lejos de ahí; fue la primera vez que no noté una sonrisa en su cara.

Los días que siguieron fueron en verdad muy amargos, el barrio se oscureció, las personas casi no se saludaban, caminaban mirando el piso, clausuraban las ventanas, se gritaban insultos de casa a casa y se movían en sus automóviles aunque tuvieran que recorrer cortas distancias.

Tanta tensión parecía no tener fin hasta que una mañana vimos caminar a Elías Cual. Cargando un montón de sobres cerrados y los iba repartiendo en los buzones, por debajo de las puertas o tras las rejas puntiagudas que le impedían el paso. Cuando se quedaba sin sobres volvía a su casa, buscaba otros tantos y continuaba con su tarea.

¿Qué contenían esos sobres? Bueno, al principio fueron poemas cortos, frases alentadoras y bellísimas que ablandaban lentamente los corazones endurecidos por el rencor, después entregaba relatos, canciones, cuentos. Sus palabras despertaban emociones hermosas, hacían reír a los más serios, llenaban de felicidad a las almas tristes y reunían a las personas que días antes no pensaban ni siquiera en verse, regalaba sus sobres sonriendo, saludando con una simple inclinación de cabeza; por donde él pasaba no dejaba más que paz y alegría.

Elías Cual, nuestro talentoso y desinteresado escritor, rechazaba cortésmente los ofrecimientos de dinero que algunos vecinos incapaces de creer en otro valor que el de lo material, le hacían por sus escritos.

Él cerró las heridas abiertas aquel día en el polideportivo y muchas otras que lastimaban sin ser tan conocidas.

En verano, la gente leía apasionadamente, sentada en sus sillones playeros, en invierno, alrededor de una estufa o una chimenea, dentro de sus casas, solos o junto a sus seres amados.

Elvio Salvatierra, el escritor famoso y malhumorado que les mencioné antes, también había recibido los sobres de Elías Cual, no todos, claro, los pocos que los perros no

destrozaron en mil pedazos. El hombre ahora sí salía de su mansión y hablaba con quien se le cruzara por enfrente pero solo para criticar el trabajo de Elías **“¡Esto es un horror gramatical!”** gritaba, o **“¿A usted le parece, situar ese personaje en este contexto?”** **“Tengo años sumando experiencia y conocimientos, este muchacho no sabe nada de literatura, se lo aseguro”** Por supuesto nadie le prestaba atención, a todos les gustaba y hacía bien lo que escribía “ese muchacho” ¿Qué importancia tenían entonces un acento de menos o una palabra de más? No valía la pena ponerse a discutir por tan poca cosa.

Elvio Salvatierra entendía la indiferencia con que lo trataban y eso lo hacía enojar todavía más, cada día se convencía a sí mismo de tener razón en todo lo que decía, miraba sus diplomas, releía sus libros, consultaba viejas enciclopedias y se mordía los labios pensando que tenía derecho y autoridad para decidir si algo estaba bien o mal escrito.

Una vez pasó sin querer frente a la casillita donde vivía Elías Cual y vio que la precaria puerta estaba abierta, se asomó disimuladamente luego de comprobar que no hubiera nadie espíándolo. Adentro no había casi nada: una biblioteca armada con retazos de madera, una cocina muy anciana, un ropero inclinado, una silla, una mesa pequeña y sobre ella una pila de hojas junto a la máquina de escribir utilizada para imprimir las hermosas palabras de su dueño.

En un baldío cercano, unos chicos jugaban al fútbol, Elvio Salvatierra tuvo entonces una idea oscura, se acercó y reconoció al mejor de los jugadores, Él ya lo conocía, todos en el barrio lo conocían y hablaban de “ese niño”, el futuro goleador profesional, la promesa inigualable, el número uno con la pelota, el imparable, el de la puntería certera y tantos otros halagos que la gente le regalaba mientras le palmeaban la espalda; incluso un club grande de la capital se había tomado la molestia de viajar exclusivamente para verlo evitar riva-les como si fueran estatuas de cera.

El escritor llamó al chico haciéndole una seña con la mano y le propuso:

_ ¿Qué te parece si yo te doy un dinero, bastante dinero, claro, para que me hagas un pequeño favor?

_ ¿Qué favor?_ preguntó el chico.

_ Solo tenés que ir hasta la casilla esa y romper de un pelotazo la máquina de escribir que está adentro. Con tu puntería será sencillo.

_ ¡Pero... cómo!_ tartamudeó _ no puedo.

_ Vamos, vamos, no seas cobarde, tirá la pelota hasta ahí y andá a buscarla, todo va a parecer un accidente, los dos guardaremos el secreto y quedaremos libres de sospechas.

_ Pero... pero...

Elvio Salvatierra metió la mano en su bolsillo y sacó un enorme fajo de billetes:

_ ¿Ni siquiera por esto? _ dijo.

Era mucho dinero, el chico nunca había visto tanto dinero junto en toda su vida, por su cabeza pasaron los botines nuevos que esperaba pacientemente hacía años, la ropa reluciente de su equipo favorito a la vista en las vidrieras de los negocios, la pelota que le habían negado en su pasado cumpleaños. Le temblaban las manos y la voz cuando aceptó:

_ Bueno ¿Cuándo lo hago?

_ Ahora mismo, por supuesto _ aseguró Elvio Salvatierra entregándole el dinero _ yo voy a estar viéndote desde lejos.

Dicho esto, se alejó varios metros cruzando a través de una de las calles laterales del baldío.

El chico hizo lo suyo, destruyó la máquina en el primer tiro y simuló lamentarse por el terrible error, después vio como Elías Cual llegaba corriendo y se arrodillaba junto a las piezas mecánicas desparramadas sobre el suelo de cemento mientras unas lágrimas silenciosas caminaban desde sus ojos hasta su barbilla.

Al día siguiente nuestro querido escritor se fue del barrio y ya no lo volvimos a ver. Sin embargo, los sobres con sus poemas, canciones, frases o relatos, seguían llegando

puntualmente aunque nadie fuera capaz de sorprenderlo caminando a lo largo de las veredas.

Aquí, más o menos, termina mi historia, como me salió, pero más que nada, como la recuerdo. Decidí agregar esta carta que escribí hace un tiempo y no tengo a quién dársela; yo no soy Elías, no tengo ni su talento ni su corazón.

Querido Elías Cual:

Aun hoy, luego de tantos años, tus palabras nos siguen alegrando los días, yo ya soy un viejo, he guardado cada uno de tus sobres y he leído y releído mil veces sus contenidos cada vez que la vida se me ha hecho difícil y siempre he encontrado paz en ellos.

Quisiera contarte que a aquel chico, el excelente futbolista, el responsable de la destrucción de tu máquina de escribir, nunca le sirvió el dinero que le dieron por hacer tremenda tontería, ese muchacho jamás volvió a tocar una pelota y no ha dejado de sentirse culpable desde entonces; ese chico era yo, querido Elías, sigo siendo yo.

Te pido perdón por lo que te hice y escribo esto para que el mundo se entere de tu historia y tu talento. Aquí tu nombre, a pesar de mi pecado, se convirtió en una leyenda viva.

EL PARAÍSO (contado para las escuelas)

El Paraíso es un árbol del orden de las Paradisiáceas, perteneciente a la familia Empíreas, también llamado Edén, Gran Cielo y Jardín Celeste, ocupa gran parte de la Mesopotamia argentina, la Llanura Pampeana y en menor medida los bordes costeros y las islas del Litoral (esto se debe a que sus raíces, largas y nostálgicas por naturaleza, apuntan su trayectoria hacia las profundidades tormentosas del río y al alcanzarlo, absorben desprevénidamente toda la húmeda tristeza de las aguas y les es imposible desarrollarse por completo con tanto murmullo pálido y amargo).

No posee nombre científico que termine con “icus” o “us”, ya que el solo nombrarlo con alguna de esas filosas palabras en latín, provoca su muerte inmediata, no sin antes arrebatárle su conocida capacidad para dar sombra.

Las hojas del Paraíso son, naturalmente, de color verde intenso, pequeñas y suaves al tacto. En las noches de verano cambian de lugar unas con otras, dando saltos al mismo tiempo y desprendiéndose con un “plic” característico. Es, en resumen, un espectáculo digno de ver si se tiene la posibilidad; toda la copa bulle entonces delante de la oscuridad, su luminosa efervescencia se mete por los ojos y se aferra al corazón del

que observa, comprometiéndolo para siempre con la vida.

Florece en silencio y vigorosamente en los primeros días de la primavera y su floración no se extiende por más de un mes y medio. En ese lapso, las flores diminutas y secretas, agrupadas en ramilletes esponjosos, despiden un perfume tan dulce como espeso, que viaja lentamente hasta las ventanas de los niños, según es su preferencia, colándose por cualquier resquicio, pegándose a las paredes y a los sueños. Aunque es necesario saber que dicho perfume no es capaz de recorrer grandes distancias, por lo cual es recomendable plantarlo cerca de los hogares, para evitar que el aroma se canse y caiga de lleno sobre el pasto o la tierra, o peor aún, sobre el cemento, perdiéndose para siempre.

Sus frutos también se presentan en racimos y crecen uno o dos meses antes que las primeras flores. Tienen forma perfectamente esférica, coloración verde de un brillo incomparablemente bello, aroma penetrante y ácido, su tamaño es similar al de una bolita de vidrio. Cada uno de ellos guarda en su interior un secreto que madura intensamente y es necesario oír o entender antes de transcurridos cuarenta y seis días contados desde su aparición. De no ser así, el fruto se torna amarillento, se arruga, se vuelve venenoso y finalmente muere. Pero claro, esto es algo que la mayoría de los niños y los adultos ignoran por completo y difícilmente crean, aun luego de haber leído este tratado.

La madera del Paraíso es firme y resistente, muy apreciada por los carpinteros gracias a la sencillez con la que puede ser cortada, moldeada y pulida, a pesar de su robustez.

El proceso para hacer utilizable un tronco no es tan sencillo como se cree:

El primer paso es limpiar las grietas de la corteza con la ayuda de un plumero de cabo largo (aproximadamente de dos metros, nunca más de eso) confeccionado con plumas de Sirirí, un ave esquiva que pasa la mayor parte de su vida volando hacia espejos de agua ocultos entre el espinoso follaje de los montes y la restante porción de su tiempo, buscando la manera de escapar de dichos montes.

Una vez relajado el tronco, es necesario relatarle un episodio personal, ya sea feliz o triste, que se considere de gran importancia e influencia en nuestra vida, hasta notar que las hojitas no den más de sueño.

El tercer paso es comprobar que el árbol esté completamente dormido, sacudiendo sus ramas sin violencia y comprobando la inmovilidad y el silencio de las hojas.

Por último, se debe quitar cuidadosamente la tierra a sus pies hasta descubrir el nacimiento de las raíces, para luego suministrarle nueve gotitas de perfume natural de jazmín,

con lo cual le será imposible despertar, incluso en el momento en el que se lo corta.

Éste procedimiento jamás es aplicado por la industria masiva y por tal razón la madera del Paraíso resulta débil, casi inmanejable e imperfecta.

El árbol elige solo a las Palomas de la Virgen como moradoras de sus ramas, aunque no se opone a las visitas diurnas de zorzales, calandrias y hasta gorriones hinchados de piojillos y tierra, escandalosos e inquietos como ningún otro pájaro en el mundo.

Con las hormigas la historia es otra. Ocurre que esos insectos feroces y organizados, a veces captan el aroma que ha caído al piso sin haber hallado una ventana, esto provoca reacciones químicas violentas en sus cuerpecitos de seis patas brillosas y peludas, que sus cerebros primarios interpretan como una agresión. Luego les resulta sencillo llegar al tronco del Paraíso y atacarlo sin tregua hasta provocarle la muerte, (es indispensable saber que las hormigas no aprecian al árbol como fuente de alimento ni como refugio) a menos claro, que intervenga la mano del hombre en contra de ese ejército sin compasión.

El Paraíso es un árbol alto como los satélites, ancho como el mundo al lado de éste mundo, largo como la mirada de los

ancianos y luminoso como la de los chicos, es un árbol capaz de tapar los bosques que uno elija, secreto como el olor de la canela, eterno como su propia sombra o los brazos de una madre; si quiere, crece más que él mismo.

El Paraíso es el árbol más pacífico e inteligente que existe porque aprovecha los sacudones despiadados del viento para esparcir su lúcido perfume sobre las cabecitas de los niños cabecita. Nace y vive solo por nosotros.

Dice mi abuela de la voz abrigada y abrigadora, que el último hombre morirá bajo el último Paraíso de la tierra, éste se hará el dormido por unas horas y luego despertará con un gran suspiro, listo para ponerse a buscar otra criatura más despierta a quién confiarle la historia.

EL INFIEL

Tenía los brazos cruzados a la altura de sus ojos pardos, los apoyaba sin cuidado en la parte más baja de una de las interminables banquetas, una nariz recta sobresalía graciosamente de su rostro delgado de pómulos muy marcados, y podía decirse que no le faltaba belleza si no fuera por sus orejas florecientes y enormes o el cabello revuelto y pegoteado en partes por la mugre.

Toda esa gente amontonada en un sitio tan reducido le quitaba el frío de la mañana y el recuerdo del de la noche anterior, mucho más crudo y solitario. Hubiera querido acercarse un poco más, pero sabía que su presencia incomodaba a la gente la mayoría de las veces, acaso tal vez debido a lo maltratado y manchado de su ropa o al olor agrio que desde hacía tanto tiempo despedía su cuerpo esmirriado; aunque nadie entendía que esas eran cosas que por supuesto él no podía evitar.

De cualquier manera, la ubicación elegida era ciertamente mejor que la vereda helada y violenta.

Los cánticos aburridos del sacerdote, junto con el hambre, le daban sueño, le resultaba cada vez más difícil mantener los

ojos abiertos, cada tanto abría lentamente la boca para bostezar, mostrando sus dientes sucios y desparejos; eso parecía despabilarlo un poco.

Notó que una señora lo miraba desconfiada dos banquetas más adelante, insistía esa mirada con unos ojos diminutos hundidos en el rostro regordete y rosado.

De a poco todos imitaron a esa señora, quizá, como dije, por lo desagradable de su aspecto, tal vez porque no les interesaba demasiado lo que oían. Los más cercanos a él fruncían la nariz y los labios, los niños se reían contenidamente.

En el ambiente flotaba un aire dulzón y serio como la imagen impecable del sacerdote que ahora lo miraba también, mientras repetía su discurso aprendido de memoria.

Él no pudo resistir más y se durmió con un suspiro, al instante acudieron a su mente imágenes desordenadas, conocidas: el baldío fértil en el que solía refugiarse de las siestas de los veranos, las callecitas innumerables, tantas veces desandadas en busca de algo para comer, nubes entrecortadas y descoloridas pegadas a un cielo profundo, oyó voces bondadosas, breves, roncadas, aflautadas, autoritarias, indiferentes, sintió el recuerdo de una caricia fugaz y sin rostro.

Así como estaba, no vio a los monaguillos acercándosele

hasta que estuvieron a su lado; eran réplicas exactas de la figura del sacerdote, que miraba con una sonrisa, como esas réplicas lo tomaban a él de cada brazo, lo conducían a la salida, lo depositaban con sumo cuidado en el suelo como si fuera una caja llena con copas de cristal y cerraban la puerta tras ellos, dejándolo de frente al sol agradable alojado a lo largo y a lo ancho de las escalinatas de mármol.

Recorrió rápidamente los alrededores con la mirada confundida y cuando vio venir a otro como él movió la cola enloquecidamente para saludar.

Se fue con su nuevo amigo en busca de algo para comer y un lugar a donde pasar las horas; él no tenía amo que lo alimentara o abrigara, solo contaba con sus compañeros de calle. Detrás de las puertas de la iglesia, el murmullo mínimo de los fieles dejó de existir.

Christian Gutiérrez. Nace el 21 de julio de 1976, en Paraná, Entre Ríos, Argentina. Escribe desde niño, pero hasta hoy no ha publicado más que en ediciones caseras, aunque la mayoría se encuentra en cuadernos dispersos. Al terminar el colegio secundario empezó la carrera de letras en la Universidad Nacional de Córdoba, pero la dejó al poco tiempo para dedicarse a trabajar en distintos lugares. (ha sido desde vendedor ambulante, hasta reponedor en un supermercado)- Hoy es cocinero en un restaurant de su ciudad. Tiene escrito varios cuentos para chicos, una novela juvenil y poemas para niños y adultos. Los regalos y otros cuentos es su primer libro a publicar.

Este libro se terminó de imprimir en Santiago, Chile en agosto 2016